

obispos italianos, que formaban la mayor parte; el exclusivo derecho de proposición de los legados, y el que hubiese un solo secretario del concilio, cuya fidelidad era muy puesta en duda. Por eso debían acudir los más obispos posibles de Francia, España y Alemania, y aun el mismo emperador había de ir a Trento y asistir a la próxima sesión (1). A la oposición española y francesa, que se había manifestado en el concilio en las cuestiones dogmáticas, parecía asociarse una coalición de las grandes potencias católicas: del emperador, Francia y España, que aspiraba a dominar el concilio e imponer una reforma radical en la cabeza y en los miembros. Sin duda la situación se había hecho por extremo difícil.

Los legados, para apaciguar al emperador, habían enviado a Innsbruck a Commendone, ya a fines de enero (2). Apenas era de esperar que esta misión obtuviera un éxito decisivo. Pío IV, que continuaba haciendo reformas, no esperaba por ventura él mismo que con eso pudiera acallar las impetuosas demandas de las potencias. Por la experiencia que se tenía de antes, pensó al punto en ejercer una influencia personal, por medio de un dignatario eclesiástico eminente, el cual gozaba del aprecio y confianza del emperador (3). El 10 de febrero rogó instantemente al cardenal Gonzaga que se dirigiera a Innsbruck lo más pronto posible (4). El presidente de los legados de Trento, por efecto de sus relaciones de parentesco con Fernando I y de su circunspección y prudencia, parecía particularmente a propósito para influir en el emperador y exponerle la prontitud de voluntad de Pío IV para una reforma radical. Pero Gonzaga rehusó por una carta de 19 de febrero. Lo que determinó esta resolución fué sin duda el completo fracaso de la misión de Commendone, así como la disminución de las fuerzas del cardenal (5).

(1) V. Sickel, Concilio, 433 s.; Steinherz, III, 195 s., 212 s. Sobre los motivos que determinaron a Guisa a emprender el viaje a Innsbruck, y sus negociaciones en esta ciudad cf. también los Despachos Venec., III, 220 ss.; la Revista de Historia eclesiástica, I, 323; Docum. inéd., XCVIII, 403, 407; Holtzmann, Maximiliano II, 441 s.; Susta, III, 252.

(2) Cf. Pallavicini, 20, 1; Pogiani Epist., III, 242, nota; Steinherz, III, 180 s., 182 s., 185 s., 191 s., 198 s.; Susta, III, 173, 183 s., 208, 232 s. La instrucción para Commendone, fechada a 28 de enero de 1563, se halla en Döllinger, Documentos, III, 316 s.

(3) V. Ritter, I, 171; Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 141 s.

(4) V. Susta, III, 224 s.

(5) Cf. Pallavicini, 20, 6, 4; Susta, III, 229.

Cuando Guisa volvió a Trento el 27 de febrero, halló al primer presidente del concilio ya gravemente enfermo. Una fiebre que había acometido el 23 de febrero a este varón de cincuenta y ocho años, consumió rápidamente sus fuerzas, ya muy menoscabadas por los esfuerzos y excitaciones del concilio. En la tarde del 2 de marzo este hombre insigne que había vestido la sagrada púrpura durante treinta y seis años y al cual muchos profetizaron la tiara (1), exhaló su noble alma. Administróle los últimos sacramentos el general de los jesuitas, que poco antes había regresado de Mantua, adonde el cardenal le había enviado para fundar un colegio de la Compañía de Jesús (2).

En la congregación de 8 de marzo, también Seripando fué acometido de una peligrosa enfermedad, que acarreó su muerte el 17. El célebre general de los agustinos murió tan piadosamente como había vivido. Insistió en recibir el santo viático vestido del todo y arrodillado. Como ciertas opiniones que había antes defendido sobre el pecado original y la justificación, habían hecho vacilar en algunos la confianza en la entera pureza de su fe, el moribundo tomó de ahí ocasión para profesar de nuevo en presencia de los principales teólogos del concilio los artículos de la profesión de fe uno por uno, y jurar que los había creído todos sin duda ninguna (3).

Entre los miembros del concilio, los dos legados supervivientes, Hosio y Simonetta, fueron los que más deploraron la pérdida de sus colegas, señalados por tan eminentes cualidades. Sentían tanto más gravemente la responsabilidad que sobre ellos pesaba, cuanto las diversidades de opinión acerca de la relación entre el primado y el episcopado y sobre la obligación de residencia, continuaban con fuerza no debilitada, y cada día se hacían más urgentes las exigencias de reforma por parte de los franceses y del emperador. A todas estas dificultades se agregó todavía la falta de dinero, ocasionada por la muerte de Gonzaga (4), y el

(1) V. la interesante \*\*relación de Fr. Tonina, fechada en Roma a 23 de enero de 1563, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Bondono, 565; Mendoza, 672; Pogiani Epist., III, 258; Pallavicini, 20, 6, 1-3; Sickel, Concilio, 439; Documentos, I, 52; Giuliani, 119; Susta, III, 253 s., 257 s.; Astrain, II, 187 s.

(3) V. Bondono, 565-566; Mendoza, 674; Pallavicini, 20, 7, 6-8; la Revista de Historia eclesiástica, V, 615 s.; Susta, III, 263 s., 277; Merkle, II, LXXI s., donde hay también pormenores sobre el sepulcro y el testamento del cardenal.

(4) V. Susta, III, 282 s.

haber estallado sangrientas colisiones entre la servidumbre de los preladados franceses, españoles e italianos, con lo cual se impidió hasta la celebración de congregaciones, del 9 al 15 de marzo (1).

Entre tanto, el emperador, cuya comisión de teólogos estaba ocupada en Innsbruck en la composición de un nuevo pequeño libro de reforma (2), había dirigido el 3 de marzo dos cartas al Papa, las cuales causaron en la curia gran inquietud (3). La una (4), que fué comunicada también a los embajadores imperiales en Trento, a los legados, al cardenal Guisa y a otros, exigía en general la reforma. Expresaba el sentimiento del emperador por el poco satisfactorio curso del concilio y por los rumores de que el Papa intentaba una disolución o suspensión del sínodo, lo cual redundaría en grave daño de la Iglesia. Decía que el concilio se llevase pronto a feliz término y se ejecutase la anhelada reforma. Pero que para esto era necesaria completa libertad, y por eso debía concederse el derecho de proposición, no sólo a los legados, sino también a los embajadores de los príncipes. Al fin el emperador declaraba su pronta voluntad de presentarse personalmente en el concilio, y dirigía al Papa la urgente petición de que efectuara esto asimismo. La otra carta, confidencial (5), hacía las mismas exhortaciones y demandas con igual instancia y energía, pero en forma menos dura. En ella pedía principalmente el emperador, que en lo futuro se excluyeran en la elección pontificia la simonía y todos los manejos innobles, que no se nombrara más ningún cardenal que por su poca edad o su falta de formación no fuera adecuado para su cargo y dignidad (6), y finalmente, que se remediara los actuales

(1) Cf. Theiner, II, 256; Bondono, 565; Mendoza, 673 s.; Sickel, Concilio, 468.

(2) Cf. Steinherz, III, 209 ss.; Kröss, 621 s.; Kassowitz, 180 s.

(3) Cf. Sickel, Concilio, 455; *ibid.*, 452 s. la relación de Arco sobre las expresiones de Pío IV después de recibidas las cartas imperiales.

(4) V. Raynald, 1563, n. 34; Le Plat, V, 690. Cf. Kröss, 625 s.; Steinherz, III, 234 s.

(5) Se halla íntegra en Steinherz, III, 223 s.

(6) Esta demanda estaba fundada en el nombramiento de cardenales de 6 de enero de 1563, muchas veces y con razón censurado, en el cual recibieron la púrpura Federico Gonzaga y Fernando de Médicis, de los cuales el uno tenía dieciocho años, y el otro sólo catorce. El nombramiento de Federico fué una concesión al primer presidente del concilio, y el de Fernando otra a Cosme I. Pío IV, que durante el concilio no se sentía seguro en el Estado de la Iglesia,

abusos en la elección de los obispos y arzobispos por los cabildos catedrales (1).

Pío IV todavía hasta fines de 1562 hubiera estado dispuesto muy de buena gana a suspender el concilio a una propuesta del emperador (2). El 14 de noviembre de 1562, Borromeo había escrito a Delfino que el Papa esperaba semejante propuesta de parte de Fernando I. Pío IV no quiso adelantarse él mismo a hacerla. Rechazó a fines de noviembre la propuesta de Delfino de escribir a Felipe II tocante a cerrar el concilio. El 20 de diciembre Borromeo escribió a Delfino que el concilio continuaría celebrando sesiones, si no venía de la corte imperial una propuesta de la suspensión; que el Papa mismo no presentaría semejante propuesta (3). Pero en el tiempo siguiente, Pío IV se persuadía cada día más de los graves reparos que se oponían a una suspensión o a la prematura clausura del concilio. Por otra parte conocía

creyó deber aprovechar toda ocasión para tener a sí obligados, por lo menos, a los príncipes italianos (v. Steinherz, III, 178 s.; Susta, III, 157 s., 161, 193 s. Sobre la creación de 6 de enero de 1563 v. Petramellarius, 73 s.; Ciaconio, III, 943 s.; Cardella, V, 53 s.; Herre, 68). El exterior del cardenal Fernando de Médicis está bien pintado por el autor de la descripción del viaje del duque Fernando, tercer hijo de Alberto V de Baviera, en el año 1565, editada por Freyberg, Colección de escritos históricos, IV, Stuttgart, 1834, 317 s. Tonina \*notifica ya en 30 de enero de 1563, que se hablaba de un nuevo nombramiento de cardenales. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

(1) En el mismo día 3 de marzo de 1563, el emperador dirigió también a Guisa una carta (Le Plat, V, 690 s.), y a sus embajadores en Trento una nueva instrucción, que se halla impresa en Sickel, Concilio, 446 s.; v. *ibid.*, 456 s. y 463 s. las otras instrucciones de 21 y 23 de marzo de 1563. Cf. además Helle, 42 s.

(2) Antes de la llegada de Guisa, ya se veía venir que éste demandaría la traslación del concilio a Besanzón o a Constanza; el mismo cardenal había hablado de ello al nuncio Santa Cruz (v. la relación de Santa Cruz, de 26 de junio de 1562, en Susta, II, 492). En atención a eso, Borromeo, el 8 de julio de 1562, dirigió a los legados la orden de acelerar lo más posible el curso del concilio (*ibid.*, II, 239 ss.). En 18 de julio escribió Borromeo a Delfino, el cual en 29 de junio había hecho la propuesta de suspender el concilio: que si el emperador, de acuerdo con Felipe II, propusiese la suspensión, el Papa estaba inclinado a darle gusto (Steinherz, III, 94 ss.). En 22 de julio escribió de nuevo Borromeo a Delfino que el Papa estaba conforme con un coloquio religioso, después de haberse suspendido o cerrado el concilio, pero que el emperador debía ganar para ello al rey de España (*ibid.*, 100). El 8 de agosto los legados recibieron por medio de Borromeo el encargo de dar fin al concilio lo más rápidamente posible; lo mismo se les recomendó de nuevo el 22 de agosto (v. Susta, II, 308, 325 s.). En este sentido escribió también el mismo Pío IV a los legados el 26 de agosto (Susta, II, 327 s.).

(3) Steinherz, III, 144, 151, 163.

con la misma claridad, que una continuación provechosa y una feliz conclusión de los trabajos del concilio dependían de una inteligencia con los príncipes temporales, especialmente con el emperador. Por un breve de 6 de marzo de 1563, exhortó a éste a proteger a la Silla Apostólica contra todas las acometidas que se le dirigieran en el concilio, y mandar a sus embajadores que procedieran de acuerdo con los legados. Al mismo tiempo, el breve hacía resaltar la sincera voluntad y los solícitos esfuerzos del Papa por suprimir los abusos e introducir una severa reforma (1).

Como respuesta a los cartas imperiales de 3 de marzo, se compusieron el 18 dos breves. En el primero el Papa alababa el celo del emperador, lamentaba con él el lento curso del concilio así como su desunión, y en vista de los rumores de disolución o suspensión, declaraba su resuelta voluntad de continuar el sínodo y llevarlo a buen término. Luego mencionaba lo que había ya hecho en el asunto de la reforma, y finalmente exponía los motivos por los que no podía acudir en persona a Trento (2).

A la carta confidencial de Fernando I se le contestó con una respuesta asimismo confidencial. En ella se decía: que con verdad afirmaba el emperador que tenía suma importancia para la cristiandad una recta e irreprochable elección pontificia. Pero que sobre ello se habían dado tan buenas y sabias leyes por los anteriores concilios y Papas, que se había creído no poderse añadir a ellas cosa mejor. Mas que para quitar enteramente todos los abusos, el Papa había publicado un nuevo decreto. Que no lo había comunicado al concilio antes de su publicación, como lo hubiera hecho de buena gana, porque había conocido, después de las disputas precedentes, que sólo muy difícilmente se hubiera podido conseguir algo en un tan importante y muy discutido negocio. Mas que si el sínodo mismo quería aprobar todavía el diploma expedido, le sería muy grato. Respecto de la promoción de cardenales, se le remitía a las explicaciones que el cardenal Morone, destinado para legado en la corte imperial, le daría (3).

Sin embargo, se omitió la expedición de estos breves, porque

(1) Raynald, 1563, n. 67; Le Plat, V, 709 s.; Steinherz, III, 237 s. La respuesta de Fernando I, de 23 de marzo, se halla en Sickel, Concilio, 468 s.

(2) V. Raynald, 1563, n. 35; Le Plat, V, 761-765.

(3) V. Raynald, 1563, n. 38; Le Plat, V, 765-768; Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 143 s.

se resolvió hacer contestar sólo de palabra por Morone sobre todos los asuntos tocados en las cartas imperiales de 3 de marzo. Esta misión se anunció al emperador en un breve expedido el 19 de marzo para el legado (1). Mencionábase en él también la otra importantísima incumbencia que ya antes se había confiado a Morone: su nombramiento de legado del concilio.

Pues cuando el 6 de marzo llegó a Roma la noticia de la muerte de Gonzaga, Pío IV reconoció al punto que inmediatamente se le debía dar un sucesor. Ya a la mañana siguiente, nombró legados del concilio a los cardenales Morone y Navagero, sin consultar al Sacro Colegio (2). Con este proceder rápidamente resuelto, Pío IV acreditó de nuevo su gran prudencia política. Se anticipó a otras propuestas, principalmente a la candidatura del ambicioso Guisa, que en seguida empezó a promoverse. Aunque había mantenido secreto su designio, el cardenal Bourdaisière logró llegar al Papa antes del consistorio de 7 de marzo para representarle la necesidad del nombramiento de Guisa. Pío IV replicó breve y resueltamente: que como el cardenal de Lorena era considerado en el concilio como cabeza de un partido, era imposible que pudiese parecer conveniente confiarle la presidencia, pues el poseedor de esta dignidad debía estar exento de la más mínima sospecha de parcialidad (3).

Pío IV demostró gran prudencia en la elección de los nuevos legados del concilio. De los tres que todavía se hallaban en Trento, dos, Seripando y Hosio, eran teólogos, Simonetta canonista. Como desde la llegada de los franceses, se había manifestado cada día más la necesidad de una inteligencia con las grandes potencias acerca del curso y la terminación del concilio, eran urgentemente necesarios expertos diplomáticos. En este respecto parecieron los más apropiados entre todos los cardenales, *Morone* y *Navagero*. Este tenía en pos de sí una gloriosa carrera como embajador veneciano, Morone era sin duda el más hábil diplomático de que disponía en aquel tiempo la Santa Sede. Fuera de esto, Morone, desde hacía muchos años, estaba muy especial-

(1) V. Steinherz, III, 259. Cf. Sickel, Concilio, 471.

(2) V. Acta consist. card. Gambarae (Cod. Vat., 7061) en Sickel, Documentos, I, 52; Susta, 267 s., 270; Pogiani Epist., III, 262; Döllinger, Documentos, I, 487; Sickel, Concilio, 452.

(3) V. Pallavicini, 20, 6, 4-5; Le Plat, V, 713; Baguenault de Puchesse, 346; Susta, III, 270.

mente familiarizado con los negocios eclesiásticos, por lo cual ya Paulo III había pensado conferirle la dignidad de legado en la primera convocación del concilio de Trento. Con Pío IV le unía una amistad de muchos años, y gozaba en alto grado de su confianza. Asimismo estaba más perfectamente enterado que ningún otro miembro del Sacro Colegio, si se exceptúa a Borromeo, del curso seguido hasta entonces por el concilio. A todo esto se añadía aún que el cardenal poseía el aprecio y la confianza del emperador (1).

El 24 de marzo de 1563 Morone salió de la Ciudad Eterna, y llegó a Trento el 10 de abril, víspera de la Pascua de Resurrección (2). Los trabajos conciliares estaban entonces casi del todo en suspenso. El gozo por la venida del nuevo legado se aumentó aún cuando el 12 de abril arribó también enteramente inesperado el conde de Luna, nuevo embajador del rey de España, nombrado sucesor de Pescara (3).

La importancia y aptitud de Morone campearon al punto en sus negociaciones con los embajadores de las potencias que se hallaban en Trento, con Guisa y otros eminentes personajes, de los cuales casi ninguno creía en la voluntad de Pío IV favorable a una reforma (4). Estas negociaciones, empero, sólo podían ser provisionales, pues todo dependía de la conducta del emperador. Luego que Morone hubo tomado posesión de su nuevo cargo en la congregación general de 13 de abril (5), ya el 16 del mismo mes se dirigió a la residencia imperial. Después de un viaje muy molesto por el tiempo frío y lluvioso, llegó a Innsbruck el 21 de abril. El emperador había esperado con impaciencia su venida; salió un trecho fuera de la puerta de la ciudad al encuentro del representante del Papa y le acompañó en su entrada (6).

(1) V. Pallavicini, loc. cit.; Sickel, Documentos, I, 57 s.; Ehses en el Anuario Histórico, XXXVII, 57 s.

(2) V. Bondono, 567; *ibid.*, 568 sobre la llegada del cardenal Navagero, que no se efectuó hasta el 28 de abril. Sobre la partida de Morone y su breve credencial v. Steinherz, III, 277-278; sobre la continuación del viaje v. Susta, III, 287. La carta autógrafa de Pío IV para el emperador, con fecha de 25 de marzo de 1563, enviada posteriormente al legado, se halla en Raynald, 1563, n. 60; Le Plat, V, 774 s.

(3) V. Bondono, 567.

(4) Pallavicini, 20, 11 y 12. Cf. la *Relatione* en la *Revista de Historia eclesiástica*, III, 654 s.

(5) V. Raynald, 1563, n. 63 s.; Theiner, II, 262 s.

(6) V. Steinherz, III, 278.

Ya al día siguiente, comenzaron las negociaciones. En una conferencia de cuatro horas, Morone contestó a cada uno de los puntos de las dos cartas del emperador de 3 de marzo. Se trató detenidamente del lento curso de las deliberaciones conciliares, de las verdaderas causas de este inconveniente y de los medios para remediarlo, de la cuestión de la suspensión, de la libertad del concilio y del pedir órdenes a Roma, del derecho de proposición de los legados, de la reforma de la cabeza de la Iglesia, de la elección de Papa, de las creaciones de cardenales, de la elección de los obispos y su obligación de residencia, de los motivos por los cuales el Papa no podía ir a Trento, y de la invitación dirigida a Fernando I para recibir en Bolonia la corona imperial. En todas estas cuestiones, Morone se atuvo a las declaraciones de los breves de 18 de marzo, no expedidos (1), y procuró justificarlas del mejor modo que pudo y con grande habilidad; no obstante, tropezó con serias dificultades en puntos de importancia, como lo anunció a Roma el 23 de abril. El emperador tenía, es verdad, las mejores intenciones en favor de la Iglesia y del Papa, lo cual reconoció bien el legado, pero la situación era difícil, por causa del precedente convenio de Fernando con España y Francia. Fernando I insistió principalmente en el derecho de proposición para los embajadores, en la limitación de las dispensas de Roma y en las reformas sobre el modo de constituirse los cabildos catedrales alemanes. El viaje a Bolonia para su coronación, deseado por el Papa, no lo rehusó enteramente; también las explicaciones de Morone sobre el ardoroso celo de Pío IV por la reforma, produjeron en él visible impresión (2). Al excelente legado sirvieron de norte: la mayor condescendencia posible con el emperador, pero al propio tiempo el más riguroso sostenimiento de los derechos inalienables de la Santa Sede (3).

(1) Cf. arriba, p. 300.

(2) V. la relación de Morone a Borromeo, de 23 de abril de 1563, en Steinherz, III, 266 s.; *ibid.*, 270 s. también el *Sommario della risposta data dal card. Morone all' imperatore*. Si se compara el *Sommario* con las minutas de los breves de 18 de marzo (v. arriba p. 300), se reconoce que éstas, como acertadamente hace resaltar Steinherz (pág. 277), habían servido en vez de una instrucción propiamente dicha. Si absolutamente se dió una instrucción por escrito, lo que podría deducirse de Pallavicini, 20, 13, 4, no puede afirmarse; hasta ahora no ha sido hallada.

(3) V. la relación final de Morone, de 17 de mayo de 1563, en Steinherz, III, 311.

Morone quería tratar con el emperador solamente de palabra y en secreto, sin testigos ni intermediarios. Este bien comprensible intento, no obstante, no pudo cumplirse del todo. Fernando dictaba lo que retenía en la memoria de la exposición de Morone, al canciller Seld y entregaba estos apuntes a sus teólogos para que deliberaran (1). Morone consideró con razón como una de sus principales incumbencias, el ponerse en inteligencia con cada uno de los miembros de esta comisión. Con esto se trataba sobre todo de oponerse a los conatos de un hombre que con sus extremadas opiniones ya repetidas veces había influido muy perniciosamente en la política eclesiástica del emperador (2). Este consejero de Fernando no era alemán; era el franciscano español Francisco de Córdoba. La actividad de este celoso defensor de las ideas de Constanza y Basilea, daba no leves cuidados a Morone. Por eso tomó muy a pecho confirmar en sus buenos sentimientos a otros miembros de la comisión, como Matías Sittard y Conrado Braun, y disponerlos favorablemente con presentes pecuniarios. Esto no era ciertamente necesario con S. Pedro Canisio, tan fielmente adicto a la Santa Sede; a pesar de esto, también él recibió cien escudos de oro como limosna para la Compañía de Jesús. Los consejeros seculares del emperador fueron asimismo obsequiados por el legado con dinero y cosas de valor, uso que por lo demás no era raro en el trato diplomático de entonces (3).

Para tener favorable al emperador sirvieron a Morone sus antiguas buenas relaciones. Fuera de esto, facilitó asimismo las negociaciones el deseo de Fernando de ver confirmada por el Papa la elección de su hijo Maximiliano por rey de romanos, así como también los sentimientos sinceramente católicos de este Habsburgo, siempre bien intencionado, aunque no siempre perspicaz.

Sin embargo de eso, quedaban por remover todavía muchos obstáculos. Morone halló que predominaba en la corte la opinión

(1) Cf. Sickel, Concilio, 495 s.

(2) Cf. Löve, 61 s.

(3) V. las relaciones de Morone, del 2, 6 y 17 de mayo de 1563, en Steinerz, III, 281 s., 286 s., 311 s. Cf. Ritter, I, 172. Sobre los cien escudos de oro que Canisio recibió para su Orden, cf. Canisii Epist., IV, 971 s. Es significativa en Fr. de Córdoba su afirmación de que Morone rehusaba *enteramente* tratar de reformas (v. Sickel, Concilio, 502). Fué de mucha importancia el que Gienger no estuviese en Innsbruck.

de que en Roma se resistían enteramente a introducir reformas. No sólo los consejeros del emperador, sino también éste mismo, no podían ser apartados del parecer de que en la curia se quebrantaban los decretos del concilio concediendo dispensas (1). Fué de mucho estorbo el que el legado, poco después de su llegada, enfermase de gota y fiebre, y se viese obligado a guardar cama. El emperador tuvo la gran atención de hacerle una visita; en ella manifestó que quería defender la autoridad del Papa, pero también la del concilio. Morone contestó exponiéndole la necesidad de una concorde cooperación del Papa y el concilio, citando para ello una sentencia del cardenal Contarini, muy apreciado por Fernando, de que el Papa daba al sínodo autoridad y fuerza, pero que éste debía también estimar en mucho el poder del sucesor de Pedro. Además Morone se extendió sobre la utilidad que traería un proceder unánime del emperador y el Papa, para la reforma, así como para el esclarecimiento de otras cuestiones. Se tocó también la elección de Maximiliano para rey, tan importante para el emperador (2).

Fernando I había prometido terminar pronto las negociaciones. Como Morone hubo de guardar cama también los días siguientes, el 3 de mayo envió a Delfino al emperador, para determinar a éste a una rápida decisión sin tratar por escrito, lo cual empero no se consiguió. Entre tanto Morone procuró persuadir al camarero mayor, el conde Arco, y a los teólogos imperiales, que le visitaron en su enfermedad, de la seriedad de los intentos de reforma de Pío IV, y exponerles que las exigencias de Fernando I respecto al derecho de proposición, a la reforma de la cabeza de la Iglesia, y a la representación de cada una de las naciones en Trento, eran imposibles de cumplir. Halló gran resistencia principalmente por causa del primer punto, y por eso el 6 de mayo pidió a Roma instrucciones sobre la cuestión de la proposición, en la cual el Papa había estado pronto a ceder al partirse Morone (3).

Mientras Morone se esforzaba con buen suceso desde su lecho,

(1) V. la relación de Morone a Borromeo, de 2 de mayo de 1563, en Steinerz, III, 282.

(2) V. *ibid.*, 279 s.

(3) V. la relación de Morone a Borromeo, de 6 de mayo de 1563, en Steinerz, III, 285 s.